

# La memoria viva de las muertes

## Lugares e identidades juveniles en Medellín

**PILAR RIAÑO ALCALÁ**

Este artículo explora las relaciones entre jóvenes, lugares, memorias y violencias para desarrollar una reflexión acerca de la formación y transformación de las identidades culturales en Colombia<sup>1</sup>. Examinó los modos en que los jóvenes de Medellín construyen un sentido del nosotros y de los otros y se posicionan como sujetos en una ciudad afectada por profundas transformaciones económicas y socio-culturales debido a la presencia cotidiana de múltiples violencias. Con

este fin describo la existencia de una historia oral de la muerte y los muertos, las construcciones sociales del lugar, las prácticas del recuerdo y el olvido, y la construcción y usos de los territorios como fuerzas referenciales desde las que los jóvenes crean y transforman sus sentidos de pertenencia y diferencia, y por consiguiente, desde las que recrean sus identidades.

Se trata de una exploración crítica de los temas de las memorias y las violen-

PILAR RIAÑO  
ALCALÁ.  
Antropóloga.  
Universidad  
de la Columbia  
Británica,  
Canadá.

<sup>(1)</sup> Este trabajo hace parte de mi disertación doctoral "Habitantes de la memoria: una etnografía del lugar, las memorias y las violencias en Medellín, Colombia" en el Departamento de Antropología de la Universidad de la Columbia Británica, Canadá. María Emma Wills, Martha Villa, Amparo Sánchez, Francisco Ibáñez y el evaluador anónimo del artículo aportaron valiosos comentarios para su elaboración.

cias mediante la organización del material etnográfico bajo una mirada que enfatiza la agencia de los sujetos y el sufrimiento humano. Este desarrollo problematiza las lecturas muy en boga sobre la rutinización del terror, la banalización de la violencia o el 'presentismo' juvenil, aplicadas sin mayor cuestionamiento para describir la experiencia cotidiana y los procesos identitarios de aquellos que viven en medio de las violencias. Mi crítica articula una preocupación con el modo en que estos análisis desdibujan las dimensiones humanas y vivenciales de la experiencia cotidiana de las violencias, mientras que colocan a los sujetos en roles y motivaciones restringidas negándoles la posibilidad de un posicionamiento diferente, contradictorio y/o cambiante.

#### LOS LUGARES Y LAS MEMORIAS

En un recorrido por la zona Centro Oriental<sup>2</sup> de Medellín, Kelly<sup>3</sup>, una líder juvenil de la zona me conduce a través de los puntos destacados que le dan *un sentido del lugar*, de su historia y biografía: el *Cerro Pan de Azúcar*, un cerro majestuoso con significados profundos dados los recuerdos de caminatas, acampadas, juegos infantiles y la belleza del paisaje. Un cerro que a la vez recuerda las dificultades de circulación que se viven a diario y las restricciones para caminar o acampar debido a la presencia de las milicias urbanas en el cerro. Caminando por entre los matorrales que rodean una de las calles nos encontramos la *vieja acequia* y el conjunto de escaleras y terrazas de múltiples niveles

que su grupo ecológico imaginó y nombró como *El sueño de las escalinatas*, queriéndolo convertir en un lugar de encuentro juvenil y de circulación del agua. Kelly apunta hacia la imagen repetida de cientos y cientos de escaleras que cruzan verticalmente los cerros y que proveen un referente clave de su ubicación en el medio ambiente y en la vida social de esta zona. Durante la caminata observamos una calle en construcción que ella anota es la primera que correrá en sentido diagonal. En contraste, *todas* las otras calles corren horizontalmente y esto se debe, me explica, a que en la zona existe "una cultura de la calle transversal".

Cuando llegamos al barrio Villatina pasamos por un área que percibo como de silencios estruendosos donde una avalancha arrasó con 500 personas y sus viviendas en 1985. Paradas allí, Kelly recuerda sus intentos de ayuda pero su imposibilidad por las lágrimas y la tristeza que le embargaba. Cerca a este campo santo está *la cancha*, para Kelly seña y testimonio de que fue en la zona Centro Oriental donde la violencia se apaciguó con deportes, invitando a las bandas en conflicto a enfrentarse y reunirse a través de la competencia deportiva.

En caminatas en el barrio Antioquia<sup>4</sup> en la zona Sur-Occidental de la ciudad, aprendo que los parques, bares o esquinas guardan las anécdotas de personajes del barrio, de los *combos de apartamenteros*, los *mafiosos*, las bandas, los líderes, las marcas de las diferentes épocas y los innumerables momentos de celebración y fiesta. El

---

(2) Medellín está dividida en seis zonas urbanas y dieciséis comunas. La zona 3, la Centro Oriental, está dividida en tres comunas (8, 9 y 10) y cuenta con cuarenta y cinco barrios. El desarrollo y asentamiento de las comunas 8 y 9 fue mayoritariamente mediante asentamientos de invasión y pirata. El núcleo de la comuna 10 corresponde a un desarrollo privado surgido desde principios del siglo. Ver: Naranjo, Gloria. *Medellín en zonas*. Corporación Medellín, Región: 1992.

(3) Los nombres propios han sido cambiados para conservar el anonimato.

(4) Los orígenes del barrio Antioquia se remontan a los años veinte como núcleo receptor de migrantes del campo de regiones muy diversas del departamento. La violencia se siente fuertemente en el barrio hasta el año de 1951, cuando el alcalde de la ciudad lo declara como zona única de tolerancia, dejando numerosas secuelas de delincuencia social y distribución de drogas. Durante los sesenta y setenta las posibilidades de ascenso social las brinda el narcotráfico con sus negocios, la posibilidad de viajar como mulas y otros servicios. El barrio vive diversos periodos de violencia pero con más

paisaje del barrio y sus *mangas* preservan las historias de los aviones que han caído debido a la proximidad del barrio con el antiguo aeropuerto de la ciudad. Allí pervive el recuerdo hecho mito de las llamas del avión en el que murió el famoso cantante argentino, Carlos Gardel. Esta memoria cristaliza un imaginario barrial tanguero desde los años treinta hasta el presente. También circulan por calles y avenidas las historias de fantasmas, balaceras, procesiones, eventos comunitarios y como testimonio están los nombres con que se rebautiza cada lugar: *el chispero, la cueva, el quinto, el hueco, el callejón del infierno, la calle del oeste, el coco*. En estos barrios también aprendo de los modos en que las memorias guían las acciones e interacciones diarias –de qué se habla, cómo se camina y por dónde–, a través de los modos como se nombran las diversas áreas geográficas: ‘la frontera’, ‘el corredor’, así como las clasificaciones que denotan la relación con el conflicto: las zonas de “calentura”, las que ya “murieron”.

Es precisamente con referencias de lugar y territorio como los jóvenes de Medellín pueden describir de manera tangible la presencia de las violencias en sus vidas. “Aquí” o “allá” están los lugares y las historias de muerte, sus marcas en los espacios sociales, en las heridas inscritas en sus cuerpos, en los territorios que controlan las bandas, las milicias o los militares, y en las extensas áreas por las que no se puede o no se debe circular<sup>5</sup>. Las violencias amenazan y fragmentan la experiencia del(a) joven y la vivencia de su entorno al instaurar restricciones de circulación, al romper redes de relaciones sociales entre habitantes de ciertos sec-

tores de los barrios, al imponer controles a sus interacciones y movimientos, y al amenazar las posibilidades de usar la calle, las esquinas y otras instalaciones públicas como espacios de socialización.

Las prácticas de las violencias circulan en los lugares y territorios cercanos, tanto en el aquí inmediato y conocido del sector en el que viven, como en el allá cercano y temido del sector de los “otros”, por el que no pueden circular. Las violencias operan como una fuerza desplazadora que territorializa, desdibuja y transforma los lazos de significado de los individuos con los lugares. Los lugares, sin embargo, permanecen como palimpsestos donde varias capas de memorias perviven de manera conflictiva, silenciando en algunos casos las memorias culturales de solidaridad y convivencia cultural o en otros coexistiendo. Un lugar puede estar marcado por las memorias de la muerte, el asesinato, el enfrentamiento, la ruptura de relaciones y la destrucción, pero también puede estar marcado por las memorias de experiencias grupales, momentos de encuentro, fiesta y celebración o por los mitos locales.

La coexistencia conflictiva de las memorias en “los lugares” permite que los jóvenes de Medellín mantengan un cierto sentido de coherencia y ciertos referentes de pertenencia en medio de la desestabilización e impacto inmediato de las violencias en sus vidas. Esta relación expresiva y vivencial de los individuos con los lugares, la comprensión de que el conocimiento y los significados del lugar se adquieren en la experiencia directa del haber estado ahí corporalmente, sensorialmente y en el recuerdo, y los modos

---

agudeza a comienzos de los noventa. En diciembre de 1993 se inicia un proceso de paz sellado en 1994, cuando las seis bandas enfrentadas aceptan un pacto de paz. La paz se rompe en el mismo año. Esta dinámica de paz y guerra, pactos y rupturas se mantiene hasta el presente.

<sup>(5)</sup> Las estadísticas dan una descripción concreta de esta experiencia devastadora. Mientras a nivel nacional Colombia maneja en los años noventa la elevada tasa de 77 homicidios por 100.000 habitantes, la ciudad de Medellín registra una tasa de 381. La multiplicación vertiginosa de bandas, milicias y otros actores armados durante los ochenta/noventa y el promedio de edad de las muertes violentas (17-24 años), presentan otro aspecto crítico del fenómeno. Véase Jaramillo, Ana; Ceballos, Ramiro y Villa, Marta. *En la encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*. Corporación Medellín, Región: 1998. Salazar, Alonso. “La criminalidad urbana: actores visibles e invisibles”. En: *Revista Foro*. No. 22, 1993, pp. 38-45.

en que los lugares se constituyen en referentes de pertenencia, se conceptualiza como *sentido del lugar*<sup>6</sup>. La creación de lugares es por consiguiente una práctica que no está restringida por fronteras espaciales o temporales sino que representa un medio básico y primario de localizar a los individuos en su entorno ambiental y sensorial. En Medellín, este sentido de lugar es una herramienta fundamental para los(as) jóvenes, tanto como estrategia de su quehacer cultural como de construcciones identitarias.

### LA MUERTE Y LOS MUERTOS

En Medellín, particularmente en aquellas áreas azotadas por la muerte y la violencia, la muerte y los muertos tienen una historia oral. Esta memoria viva del pasado está basada en testimonios directos, experiencias personales y colectivas, rumores y tradición oral, organizada a través de una cartografía de los lugares nemónicos. Las explicaciones locales acerca de la muerte, el lugar que los muertos ocupan en la vida de los vivos, y las actitudes hacia la muerte ofrecen un terreno

desde el que se puede comprender cómo los pobladores urbanos de Medellín le dan sentido a sus vidas diarias y cómo han reconfigurado sus culturas para lidiar con la incertidumbre y la paradoja de las situaciones violentas.

*Ellos y ellas*, los "que se han ido", tienen un lugar central como organizadores de las memorias colectivas de los jóvenes. Referencias al estatus en la vida y en la muerte se entrelazan en las narrativas cotidianas y constituyen un modo de contextualizar y periodizar las historias compartidas. Estas narrativas también representan un acto de reconocimiento y memorialización de la persona ausente. Las siguientes narrativas pertenecen a jóvenes que participaron en el proyecto de las casas juveniles<sup>7</sup> en la zona Nor Oriental<sup>8</sup> y a jóvenes habitantes del barrio Antioquia.

Óscar: *... cuando llegué a la casa juvenil era simplemente alguien que entrenaba artes marciales, fue llegando la gente [...] hicimos cosas lindas con los jóvenes, pero también recordando cosas malucas como son los muchachos desaparecidos. A E. lo quisimos mucho y lamentablemente no pudimos hacer muchas cosas por él y lo mataron.*

---

<sup>6</sup> Por lo general el "lugar antropológico" se ha asumido como el lugar de la identidad, estabilidad y atado a un referente socio-espacial. Marc Augé cuestionó esta asociación a la luz de las profundas transformaciones de los sentidos del lugar en los mundos contemporáneos. Su trabajo, sin embargo, ha sido frecuentemente reducido a una caracterización de la modernización y el posmodernismo: el lugar desaparece de la experiencia identitaria abriendo paso a los "no lugares", donde lo contractual y el anonimato toman preponderancia. En la literatura antropológica existen reflexiones cuyo énfasis fenomenológico permite tomar en cuenta las dimensiones experienciales, de sentido, emocionales, históricas y nemónicas. Véase Basso, Keith. "Wisdom Sits in Places". En: *Landscape and Language Among the Western Apache*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1997; Feld, Steven y Basso, Keith (editores). *Senses of Place*. Santa Fe: School of American Research Press, 1996; Escobar, Arturo. *Culture Sits in Places: Anthropological Reflections on Globalism and Subaltern Strategies of Localization*. Chapel Hill: Universidad de Carolina del Norte, 2000; Augé, Marc. *Los «no lugares»: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, Gedisa: 1998.

<sup>7</sup> Las casas juveniles surgieron como un proyecto de la primera Consejería Presidencial para Medellín (1989). El mandato de la Consejería fue desarrollar alternativas que le dieran salidas a la situación de los jóvenes, en ese entonces diagnosticados como grave situación de emergencia social. Posteriormente el programa se perfila con una perspectiva de promoción de la organización juvenil. Véase Márquez, Fulvia y Ospina, Marta. *Programa Casas Juveniles. Pensando a la juventud de una manera diferente*. Corporación Medellín, Región: 1999.

<sup>8</sup> La zona 1 denominada Nor Oriental está dividida en cuatro comunas, con cincuenta y cinco barrios, la mayoría surgidos como asentamientos piratas y de invasión en los años sesenta. Los más antiguos se remiten a los años treinta cuando surgen como asentamientos privados. Véase Naranjo, Gloria. *Medellín en Zonas*. Ob. cit. Secretaría de Bienestar Social. *Diagnóstico Social de Medellín*. Medellín, 1996.

Juan: *Y porque no retomamos el trabajo de un amigo y compañero nuestro que todos ustedes lo distinguieron, G. que en paz descansa (qepd), [ ... ] fue uno de los que tanto lucharon por esa casa...*

Luis: *... desafortunadamente fue la última actividad de recreación que hicimos con el pelao, porque al pelao lo cascaron; no sabíamos sino hacer recreación y beber, nosotros no sabíamos sino joder la vida y nada más y es lo único pues, que yo recuerde que he vivido eso, pues...*

John: *... antes de que el grupo existiera como casa juvenil, yo ya había entrado ahí en el 87, Eddison era una gran persona, tenía mucho proyecto, lo mataron de plomonía.*

Juancho: *... cuando vamos voltiando ahí cuando aparece el Papao con Jairito, un morenito de la Cueva .. un gordito, yo me acuerdo de él que en paz descansa ..., itambién lo tumbaron, también lo quebraron!*

En las historias las referencias a un individuo se acompañan de su ubicación en el mundo de los vivos: ya no está, le tocó marcharse, lo tumbaron. Esta referencia funciona de dos maneras. En la primera como estrategia de comunicación hacia quienes escuchan, informando sobre las memorias de grupo, el estatus de vida y muerte de la persona que se nombra, y el tipo de relación que existía entre quien cuenta la historia y la persona muerta. La función comunicativa de esta referencia es informativa y situacional.

La segunda es como un marcador del discurso que actúa como forma de puntuación, un modo de pausar y contextualizar las historias que se comparten. Esto se logra al colocar una coletilla identificadora del estatus de vida/muerte inmediatamente después que se nombra a la persona. Esta coletilla varía desde el tradicional "q.e.p.d", pasando por aquella que enfatiza su ausencia, "ya no están", a las imágenes vivas y de movimiento que describen la muerte a bala y su impacto en los cuerpos, "lo cascaron", "lo quebraron". Expresiones como "lo quebraron" o "lo tumbaron" manipulan y conjugan elementos fonéticos, fonológicos y semánticos del lenguaje de este

grupo ilustrando el papel central de las imágenes y lo visual en los modos de hablar y contar sus historias. Metáforas, imágenes y palabras que nombran o verbalizan acciones relacionadas con la muerte y los muertos abundan en su lenguaje<sup>9</sup>. En la palabra "plomonía", por ejemplo, la imagen cruda y horrificada del asesinato a bala se crea mediante la combinación de dos palabras, "plomo" y "pulmonía", y su uso en una expresión tipo diagnóstico clínico o forense, "murió de plomonía", que formula a su vez un diagnóstico de la crisis social.

En la estructura narrativa de estas historias podemos observar que "los muertos" son los actores centrales de una historia subyacente que se cuenta al mismo tiempo con otras historias sobre las casas juveniles o los juegos de amigos. Las narrativas ilustran también cómo las memorias de experiencias significativas en las casas juveniles o con los amigos están marcadas y pausadas por la profunda sensación de pérdida. Los que "se han ido" constituyen un hilo narrativo central de los recuerdos de jóvenes que viven en contextos como el barrio Antioquia o la zona Nor Oriental. La simbología de estos recuerdos descansa en la evocación del cuerpo ausente y su "desaparición" física, pero su pervivencia en las memorias, en los significados que se le dan a los lugares y en la singularidad que éstos adquieren. No sólo las placas que aparecen en ciertos lugares de actividad comunitaria dan cuenta de ello, con frecuencia los grafittis en las paredes plasman y mantienen el recuerdo del amigo muerto. Durante los recorridos que realicé en Medellín los jóvenes que me guiaban a los "lugares significativos" mantenían este hilo narrativo, identificando lugares con la memoria de aquellos que "ya se fueron". En un recorrido con tres jóvenes por la zona Nor Oriental observamos la placa que reposa en un centro comunitario para rendir homenaje a un líder de las casas juveniles:

<sup>(9)</sup> Véase Castañeda, Luz y Heano, José. *El Parlache*. Universidad de Medellín, Antioquia:1996.

No hay que explicar que te has ido porque hasta un niño sabe cuando quedó el nido vacío.

La placa constituye un medio para conmemorar y recordar a los muertos y a su vez captura el tipo de discurso público-comunitario que se genera acerca de los jóvenes-líderes muertos y el cual revela los intentos por restaurar un sentido de dignidad hacia ellos(as). La placa y la narrativa representan un forma de conmemoración que adquiere el significado de un recuerdo intenso de aquellos que son parte de un grupo o comunidad. Las placas conmemoran un aspecto de sus vidas, en particular, su participación comunitaria y la defensa de los derechos de los jóvenes o los barrios. Otros aspectos de sus vidas, en algunos casos, sus vínculos problemáticos con las milicias o las bandas, las ideas de venganza y justicia privada, los enemigos y las acciones violentas, se dejan a un lado olvidadas para recordarse sólo en la intimidad de la casa o la reunión de amigos. Esta interacción entre memorias privadas y narrativas públicas ilustra las cambiantes posiciones y distancias bajo las cuales nosotros, como miembros de comunidades y grupos, recordamos con el fin de solidificar lazos existentes o crear una "comunidad temporal de sentimientos y emociones compartidas"<sup>10</sup>. Esta forma de recordar ubica una visión y un discurso acerca de la vida pública y de los líderes comunitarios dentro de una narrativa histórica que restaura un sentido de dignidad hacia los muertos.

### HACIÉNDOSE UN LUGAR

Juan, un joven de la zona Nor Oriental que participó en el proyecto de las Casas Juveniles, nos cuenta:

*Este es el horizonte, aquí hay un sol chiquitico que está amaneciendo, una calle que baja, este soy yo y este un amigo mío; esta es una tienda, aquí*

*como en la parte de atrás de la tienda, aquí están doña Rubiela y una hermana de ella lavando una mancha de sangre que había en esta calle. Esto fue un 24 de diciembre, en la madrugada (en la madrugada no, ya fue en la mañana). Ahora cuando les comentaba la actividad que hicimos en el 93, que fue como lo último que hicimos juntos por allá [...] A partir del 91, es decir nosotros integramos la Casa desde finales del 89, Manuel fue el último, pero eso fue como progresivo, a partir de cierto periodo empezaron a haber muchas peleas, muchos problemas, [...] pero de todas maneras quiero hacer ese comentario, lo del trabajo juvenil porque lo de Casa Juvenil en ese momento era y yo creo que siempre lo va a ser, algo que no estaba remitido como a un espacio así, cuatro paredes y un techo, sino que era algo más como un sentimiento, como una especie de deber; en todo caso nosotros estábamos ya todos por fuera de la Casa Juvenil y en diciembre del 93 decidimos hacer una actividad en el barrio ..*

Y así Juan nos cuenta cómo consiguieron juguetes y otras cosas para repartirlos a los niños más pobres del barrio,

*entonces nosotros agarramos, ese es el recuerdo que yo tengo atado a la quebrada, agarramos un montón de regalos, un montón de cosas que teníamos listas y nos la llevamos para la cañada, en bolsas y en costales los decoramos y arrancamos para la cañada [...] Creo que fue al día siguiente o a la misma madrugada de ese día que fue que a él lo asesinaron [...]»<sup>11</sup>.*

La casa juvenil, para este joven, no es algo que se restringe a unas fronteras espaciales, sino que tiene que ver con una relación con el sí mismo (los afectos) y con los otros (el sentido de servicio), por ello la describe como "un sentimiento y una especie de deber." Los adjetivos que utiliza para nombrar la "casa" sugieren algunos significados posibles de lo que para ellos, como jóvenes, constituye la experiencia de lugar, sus modos de habitarlo y los modos en que la historia oral de la muerte y los muertos transforman el entorno vivido y recordado. La histo-

<sup>(10)</sup> Portelli, Alessandro. *The death of Luigi Trastulli and other stories. Form and meaning in oral history*. Albany: State University of New York Press. 1991, p. 174.

<sup>(11)</sup> Juan contó esta historia en un taller de la memoria llevado a cabo con doce integrantes y ex integrantes de las casas juveniles. Octubre 11, 1997.

ria de Juan es acerca de una actividad comunitaria pero también acerca de la muerte de su amigo y los lugares en los que la memoria habita. Su narrativa se desplaza entre estos dos eventos y una evocación del lugar, que para Juan está atada a sus memorias de amistad, vecindad y trabajo comunitario, a signos naturales y topográficos como la *cañada* y a eventos e imágenes concretas como la de las vecinas tratando de lavar el hilo de sangre que corre a través de la calle.

La arquitectura del lugar es simbólicamente construida porque, como lo dice Juan, para sus miembros la casa es ante todo un lugar imaginario y emocional. Las casas cambian de ubicación así como sus proyectos, pero la idea de la casa como lugar de amistad, aceptación y encuentro permanece en la memoria. Desde la perspectiva de los jóvenes que recuerdan esta experiencia la casa es además un lugar de refugio temporal.

*En "El parche" [el nombre de la casa] nosotros logramos sacar a muchos pelaos del vicio, hay varios muertos, porque fue muy difícil que salieran de eso, pero muy bacano cuando uno veía pelaos que salían del vicio, del robo y se metían a la casa juvenil*<sup>12</sup>.

La casa ha sido trasladada al campo del *habitar* y del *morar* en la memoria y en el deseo (de estar juntos, de ser parte de un grupo), para reconocer que fue "allí" donde ellos, como jóvenes, pudieron *hacerse un lugar* en la sociedad. Éstos son precisamente los años en que la estigmatización y discriminación hacia los jóvenes de este sector se agudiza debido a la asociación entre la imagen del *sicario* y los jóvenes de la zona. En este contexto de exclusión, encontrar un lugar de aceptación y refugio en la casa juvenil "marcará" profundamente a los individuos y a los modos en que le dieron sentido a este período tan difícil en sus vidas. Estas conexiones se hacen posibles a través de la memoria y las prácticas grupales del recuerdo desde las que se crea una comunidad de

memoria. En una comunidad de memoria individuos como los jóvenes de la zona Nor Oriental mantienen un sentido de continuidad y permanencia a través del recuerdo y de la creación de un nosotros temporal.

La casa sirve como imagen poderosa que nombra un refugio, un lugar propio, un lugar de memorias y un modo de habitar el mundo como joven. Independientemente de si el proyecto Casas Juveniles alcanza o no sus metas, la idea de ofrecer a los jóvenes una casa, planta raíces en aquellos que participaron. En últimas nos conduce a entender que la relación entre individuos y lugares no se agota en su papel de contextos para la acción o receptáculo físico, sino que tiene que ver con los modos en que los individuos toman conciencia de su presencia en el ambiente que les rodea, de los modos como el lugar "nos dirige y estabiliza, nos memorializa e identifica para decirnos quiénes somos en términos del dónde estamos (y también del dónde no estamos)"<sup>13</sup>.

#### EL LUGAR DE LOS MUERTOS

En las memorias de los jóvenes pertenecientes a las casas juveniles de la zona Nor Oriental, "ellos", los muertos, son los que han partido. El énfasis está puesto en el hecho de que aunque sus cuerpos físicos no "están aquí", su presencia pesa más que un cuerpo común y corriente al habitar obsesivamente en el presente y en el aquí de los lugares del recuerdo. Es una presencia que no es simplemente narrativa sino que se corporaliza y emplaza en lugares específicos. La evocación es nostálgica y con frecuencia el cuerpo ausente es descrito como "desaparecido". Dicha referencia nombra tanto la práctica de desapariciones forzadas de habitantes de la zona por fuerzas militares y paramilitares que tuvo un período crítico entre los años 89 y 91, como una cons-

<sup>(12)</sup> Taller de memoria Casas Juveniles. Octubre 17, 1997.

<sup>(13)</sup> Casey, Edward. *Getting Back into Place. Toward a Renewed Understanding of the Place-World*. Bloomington: Indiana University Press, 1993.

trucción que enfatiza el vacío del aquí y del ahora debido a la ausencia corporal del ser amado o del amigo. En este caso, el desaparecido no es alguien que necesariamente ha sido "desaparecido por otros" sino aquel(la) que está ausente del mundo de los vivos.

El desaparecido es un cuerpo desplazado que ha sido llevado a la fuerza a un sitio donde existe la posibilidad del dolor, la tortura y el abuso. El espectro del horror y el abandono de los cuerpos en caños, basureros o cementerios originará en ciudades como Medellín una cartografía del miedo y del dolor. Para jóvenes como Roberto, líder de una casa juvenil, sus miedos se convirtieron en terror en 1991 cuando un miembro de la casa juvenil fue desaparecido.

*También me acuerdo mucho de lo de T., de su muerte, todos estábamos muy preocupados porque la amenaza era que se iban a seguir llevando a todos los jóvenes de la casa [...] y nosotros éramos todos nerviosos y P. era camine por aquí, camine por allá, entonces uno era más asustado ... y los gritos de L. allá en el cementerio que quería justicia, y todo el mundo se quedó callado, callado, eso fue muy duro pero muy bacano<sup>14</sup>.*

Los sitios asociados con el miedo adquieren un significado elusivo y escenifican lo impredecible de la vida diaria en la ciudad: la posibilidad de encontrar al desaparecido "allí" o "allá", los rumores constantes y las especulaciones sobre lo que pudo haber sucedido que marcarán la relación con el medio ambiente y los modos de circular.

En el segundo significado del desaparecido como construcción imaginaria del muerto, las fronteras entre la vida y la muerte se desvanecen. El nombrar a los muertos como desaparecidos constituye una evocación nostálgica de aquellos que han partido del mundo de los vivos y en la que el/la ausente obtiene un estatus temporal y simbólico que deja entre abierta la posibilidad del "retorno". Un ejemplo de esto es la popularización de la canción *Desaparecidos* de Rubén Blades que se

ha constituido en uno de los "himnos" con los que se recuerda a los amigos muertos, independientemente de que su ausencia tenga que ver con las desapariciones forzadas.

*¿Y por qué es que desaparecen?*

*Porque no todos somos iguales.*

*¿Y cuándo vuelve el desaparecido?*

*Cada vez que los trac el pensamiento.*

*¿Cómo se le habla al desaparecido?*

*Con la emoción apretando por dentro.*

La canción se escucha en esquinas, casas, funerales y en los bares donde se ha apropiado como vehículo para recordar, elaborar el duelo y hablar de y con los amigos(as) muertos, como nos lo relata este otro joven:

*... "Los desaparecidos", como decía F. ahora, sólo lo remiten a uno a la idea de muertos, esa canción es de esas que uno escucha en la Ponce [un bar] y de inmediato mira quién cierra por allá los ojos y entre las pestañas así apretadas se le vuela una lágrima ...*

Al nombrar a los muertos como "desaparecidos" la brecha tajante entre la vida y la muerte se hace más ambigua para continuar otorgándoles un lugar simbólico y vivencial en el mundo de los vivos. El desaparecido se hace presente con mucha más fuerza a través de las acciones que le recuerdan y en particular en las acciones, lugares, objetos y sonidos del paisaje que cargan los recuerdos. Están los muros de fotos y nombres de los muertos que son una parte importante de la Semana por la Vida en la zona Nor Oriental, los recordatorios con fotos, leyendas y eulogías de los que se fueron y los altares que reposan en salas y cuartos de las casas y donde numerosos objetos (estampas, fotos, muñecos, imágenes religiosas que fueron significativas o traen la memoria del difunto) memorializan a los muertos. Estos objetos juegan un papel fundamental al preservar las memorias de amigos y familiares acerca del ausente y de su pasado colectivo.

Afuera en el espacio público están también las placas en los muros, los graffittis, las lápidas y las tumbas que se

<sup>(14)</sup> Taller de memoria Casas Juveniles. Octubre 3, 1997.



convierten en lugares donde amigo(as) y familiares les hablan, les escriben, les cantan o les lloran a través de las inscripciones que hacen en las lápidas, los papelititos que se incluyen, las decoraciones que le agregan (escudos del equipo de fútbol preferido, corazones, dibujitos, cartas, dedicatorias y leyendas, fotos, fondos musicales) o los músicos que les traen. Estos objetos como los altares familiares son parte del material que organiza la vida diaria al establecer unos referentes definidos para recordar y una relación de continuidad con la persona ausente, con el pasado y el presente, y entre la muerte y la vida.

Estas prácticas de re-ordenamiento del mundo material y sus rituales correspondientes hacen parte de las prácticas verbales y dramáticas que re-significan la vida diaria y recrean el pasado y son medios a través de los cuales los pobladores luchan contra la rutinización y banalización de la muerte y la violencia en una ciudad en la que han sido la norma en los últimos quince años. Esta relación entre individuo, lugar, memoria y violencia también puede rastrearse en las narrativas y los lugares que evocan la muerte del amigo(a), como el siguiente ejemplo lo ilustra.

Durante un taller de memoria con jóvenes del barrio Antioquia, Jennifer compartió una historia significativa de su vida en el barrio. Nacida allí y con un poco más de veinte años, nos describe la noche en que..

*Quiero representar la noche. El día en que mataron a mi mejor amigo que se llamaba César. A ver, ese día yo me encontraba durmiendo en mi casa, él sabía que por ahí no se podía meter porque lo mataban, pero no sé, cuando uno se va a morir la muerte lo busca. Ese día él se metió por ahí y cuando llegó a la esquina lo estaban esperando, lo mataron, los muchachos se metieron hasta allá y lo sacaron por todo esto... hasta la 25, y llegaron a esta esquina, que es la esquina donde yo vivo, no sé, y en ese momento mi hermanita la chiquitica me despertó y me dijo: "Jennifer, mataron a César". Cuando yo llegué*

*lo tenían ya en la mitad de la cuadra, entonces pues yo ya no podía hacer nada, yo salí y me fui con ellos para el hospital pero ya él iba muerto; ese día mataron a otro también. Entonces yo con mi dibujo quiero como expresar la tristeza que a mí me dio cuando me di cuenta que habían matado a mi amigo<sup>15</sup>.*

Al representar la imagen de la muerte de su amigo, Jennifer capturó a través del color y la forma, y más tarde a través de su narrativa, el significado de este evento en su vida. Mientras describe la noche en que esto pasó, nosotros podemos entender que es una memoria de una experiencia intensamente visual, sensorial, corporal y localizada. Este poder de las imágenes y las sensaciones de conservarse a través del recuerdo es la que asiste a Jennifer en la elaboración de su imagen. Esta es una memoria de las cosas que se han visto y sentido, del tipo de memoria que ilustra la relación dialéctica entre las imágenes y el recuerdo.

En su imagen las características del sitio donde mataron a su amigo y donde ella lo vio por última vez tienen un puesto central. Las paredes y las calles constituyen un escenario material en el que sus emociones se localizan, así como la acción tiene lugar en medio de las calles que son ampliamente usadas y tienen un papel central en la vida del barrio. Los puntos prominentes de las memorias de Jennifer están también ubicados con respecto a ciertas construcciones físicas como el edificio de la fábrica de medias, pero además a lo largo de aquellas rutas por las que se puede o no caminar. El lugar vivido y recordado de Jennifer, sin embargo, escapa a los aspectos espaciales y materiales puesto que es a su vez un lugar construido desde el recuerdo, lo vivencial, sus emociones y en particular su experiencia de lo que allí tuvo lugar y cómo lo vivió. La construcción social de la muerte como "inevitabilidad" o "predestinación", que se expresa en su frase "cuando uno se va a morir, la muerte lo busca", informa su sentido del lugar y guía sus modos de caminar y protegerse. Esta

<sup>(15)</sup> Taller del recuerdo con jóvenes del barrio Antioquia, mayo 5, 1997.

frase se escucha frecuentemente en boca de los jóvenes y se constituye en una forma de explicarse la muerte en la que el argumento del destino le confiere una agencia y una fuerza propia. En otros casos sirve para encontrarle razones explicativas al error “de circulación” cometido al haberse ido por donde acecha el riesgo o por donde se sabía que no se debería circular.

### **SENTIDO DEL LUGAR Y COMUNIDADES DE MEMORIA**

Las tres secciones anteriores resaltan cómo en un contexto conflictivo como el de Medellín, los sentidos que se le dan a los lugares –*el sentido del lugar*–, se mantienen a pesar y a través de la fuerza desestabilizadora y desplazadora de la violencia. Las memorias se convierten en la herramienta fundamental que conecta a los individuos con el medio ambiente urbano en tanto núcleo de relaciones sociales, como lugar social y cultural. Dentro de comunidades que están divididas por la guerra, para quienes las oportunidades de comunicarse y relacionarse están constantemente amenazadas, este sentido del lugar es una expresión metafórica para pensar las identidades y las pertenencias. Un sentido de pertenencia que si bien es temporal y local, permite establecer continuidad y algo de coherencia a sus vidas.

Los muertos se convierten en un referente de los modos de habitar el aquí y el ahora para estos grupos de jóvenes. La presencia, desde el recuerdo de “los que ya no están”, activa un *dispositivo de identidad* que no se agota ni en el “nosotros” ni en el “otro”, sino que introduce otro elemento: *ellos/ellas, los que ya no están*. Y es este dispositivo el que activa una *comunidad de memoria*, la conformación de un nosotros temporal que se encuentra como comunidad de escucha y de habla y que se constituye en el acto del recuerdo. Desde las identidades, lo que es importante resaltar aquí es la construcción de unos referentes comunes, de un cierto sentido de pertenencia alrededor de una historia oral de los muertos. El pasado y los cuerpos ausentes reconstruidos desde la memoria están entonces estrechamente li-

gados al presente. Las narrativas e imágenes de los recuerdos ofrecen el puente que permite dicha relación.

Los modos de recordar y mantener la presencia de los muertos también sugieren las dimensiones emocionales y de sufrimiento por la cercanía con la muerte y la experiencia de pérdida. Más que una sociedad donde el terror se banaliza, estamos en presencia de una sociedad donde la vida diaria se teje alrededor de los muertos y la muerte, no para rutinizarla o banalizarla, sino para evidenciar el dolor y el sufrimiento vividos. De esta forma cuando hablo de comunidades de memoria no estoy indicando la mera fascinación de un grupo con su pasado o la imposibilidad de superarlo, sino una comprensión del pasado que va más allá de lo temporal y que en este caso habita en lugares significativos. Los jóvenes de Medellín encuentran en la memoria y el olvido los referentes comunes y una conciencia de las cosas y seres que han perdido por causa de la violencia. Este *sentido de pérdida* teje sus memorias y activa un sentido temporal de pertenencia a una comunidad de memoria.

### **CRONOLOGÍAS DE LA MUERTE**

Debido a la frecuencia e inmediatez de las acciones violentas y los asesinatos, el recuerdo del “cómo mataron a” es otro hilo narrativo organizador del recuerdo. La evocación entonces se concentra en el evento de la muerte. Este tercer referente no representa una construcción de auto-referencias significativas o de simbologías colectivas –como sí hay en la construcción de los ausentes como desaparecidos–, sino que articula un discurso público comunitario que registra los modos en que la vida cotidiana es continuamente alterada por las acciones violentas. Las cronologías narrativas de cómo alguien murió y el mapeo espacial de sus secuencias, hacen parte de un género recitativo de la historia oral de la muerte y los muertos. En la siguiente historia, Marcela recuerda un período de violencia en el barrio Antioquia organizada bajo una secuencia temporal y espacial de los sitios.

Lo que es la Terminal, esta parte por donde mataron al Tata... ahí por la 68. Esta cuadrada viene a ser la 68. [...] al acabarse los matones como fueron El Monus, mataron El Mocho, y a todos estos muchachos, salió otra galladita nueva, que era la gallada de Tata y El Gordo, por aquí los mataron a ellos. [...] Éstos fueron los últimos que cayeron, aquí cayeron como cuatro, Tata, El Gordo, y otros muchacho que vivían por dónde era...? Si. Tata, el Gordo y dos muchachos, claro que quedaron dos vivos y después los mataron nuevamente. Estos de aquí los volvieron nada, los volvieron como un colador, de tanta bala que les dieron les botaron los dientes, los ojos, fue impresionante. Ese día los mataron a ellos como a las 3 de la tarde y por aquí en esta otra cuadra, ese mismo día a las 7 de la noche mataron cinco, en ese tiempo la violencia era muy horrible... hirieron dos y aquí mataron cinco que a todos los fumigaron desde un carro. [...] la 68, luego vino la muerte de este muchacho, eso fue un viernes. Al sábado mataron otros por la 24, esos fueron tres, [...] aquí propiamente por acá en este pedacito de aquí; por acá mataron otras cuatro personas, entre viernes y sábado mataron como 14 personas, pelaos ya de esta guardia, ya después las bandas que han salido ya han sido peores. Pero bueno éstas son de las que más me acuerdo, las que menciono son las que más tragedia dejaron<sup>16</sup>.

La narrativa mapea espacios familiares bajo una cartografía de la muerte. Mediante la colectivización de estas memorias en las interacciones comunicativas diarias, los pobladores urbanos reconocen una serie de sentimientos tanto individuales como colectivos frente a la ubicación temporal del individuo como *testigo* de la muerte. El contar y reconocer espacialmente la muerte constituye un modo en que la comunidad se marca a sí misma a través de su cartografía<sup>17</sup>. La cronología de muertes que recita Marcela establece un marcador temporal de una

época que ella recuerda trágica y en la cual "la violencia era horrible". Marcela se posiciona como testigo contando la historia en primera persona y como sujeto que estuvo presente corporal y sensorialmente. Esta ubicación como sujeto sensorial de los eventos y su papel narrativo a través del cual registra y cuantifica la muerte, evidencia el impacto profundo que la violencia ha tenido en su vida. Al compartir estas historias en la vida cotidiana se reconocen una serie de sentimientos individuales y colectivos de miedo, pérdida, amenaza y terror.

Las memorias construidas como testigos de la muerte posibilitan la construcción de un cierto acerca de la esfera pública que se alimenta de la memoria colectiva y evoca la tensión y alteración de los paisajes, las rutinas y los modos de circular debido a las acciones violentas. La memoria, en este sentido, es también memoria social<sup>18</sup> en tanto transmite una construcción "pública" de la experiencia individual y colectiva.

Si bien el terror y la violencia han sido y continúan siendo una realidad diaria para estos jóvenes y mujeres, sus memorias dan cuenta que estos eventos son percibidos como *extraordinarios* por el dolor y sufrimiento que traen a sus vidas. Desde el punto de vista de la experiencia vivida, estas narrativas recitacionales, así como las citadas previamente, difícilmente dan cuenta de una rutinización de la violencia y el terror. Y es desde una dimensión humana y de sufrimiento desde donde cuestiono aquellas interpretaciones sobre la rutinización del terror<sup>19</sup> o la banalización de la violencia<sup>20</sup>, que se han venido usando como un modelo

<sup>(16)</sup> Sesión del recuerdo con jóvenes del barrio Antioquia. Junio 20, 1997.

<sup>(17)</sup> Feldman Allan. *Formations of Violence. The Narration of the Body and Political terror in Northern Ireland*. Chicago: Chicago University Press. 1991.

<sup>(18)</sup> Dentro de la literatura sobre memoria se ha hecho una distinción entre memoria colectiva (cultural) y memoria social, para describir la diferente mediación y orientación entre las segundas que son filtradas y sancionadas por instituciones (Estado, Iglesia, organización) y las primeras que se construyen por referencia a comunidades de práctica, geográfica, generacionales, de género o étnicas.

<sup>(19)</sup> Taussig, Michael. *The Nervous System*. Routledge: Nueva York, 1992.

<sup>(20)</sup> Pécaut, Daniel. "De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano". En: *Controversia*. No. 171, 1997.

descriptivo de la experiencia cotidiana de los colombianos. Autores como Michael Taussig y Linda Green<sup>21</sup> sostienen que cuando la violencia y el terror se convierten en lugar común (por su intensidad y frecuencia), se crea una especie de "aspiradora" emocional, particularmente para los pobres, y consecuentemente el terror y el miedo se normalizan y rutinizan (la expresión *terror as usual* de Taussig). Daniel Pécaut, de otra parte, ha utilizado el término de la banalización de la violencia para referirse a la existencia de un estado anímico nacional que vive la violencia, no como una guerra, una catástrofe o un conjunto de conductas delincuenciales, sino como un proceso banal. El peligro de aplicar la lógica de la expansión de la violencia y los actores armados a la realidad humana de los sujetos, es dejarlos sin un lugar desde el cual localizarse y despojarlos de agencia al reducirlos a categorías dicotómicas del tipo víctimas y victimarios. Más aún, estas conceptualizaciones oscurecen el hecho de que como sujeto todo individuo es agente activo en la creación de su realidad histórica y social e ignoran el sufrimiento humano y las elaboraciones culturales del dolor y de elaboración del duelo, así como las cambiantes y contradictorias posiciones de los sujetos.

La frecuencia de los eventos asociados con la muerte en sitios como el barrio Antioquia y la ejecución de acciones relacionadas con la muerte de parte de vecinos, familiares y conocidos, coloca a la muerte como un evento "familiar". De hecho el tono directo y prosaico de narrativas como las de Marcela puede usarse como ejemplo. Sin embargo, las narrativas están también puntualizadas con expresiones de conmoción/sobresalto y es precisamente estas interjecciones subjetivas las que revelan la experiencia de

sufrimiento del narrador con sus emociones de rabia, miedo, desolación y tristeza. La construcción narrativa recae en un simbolismo de lo que Marcela nombra como una tragedia, marcada por una experiencia colectiva donde se cruza constantemente la distancia emocional del observador(a) para posicionarse como *testigos* de imágenes horribles (sangre, cuerpos desfigurados), dando testimonio de los actos de violencia, del sinsentido de la pérdida de vidas y de su proximidad física y emocional con la muerte.

Al recordar los muertos y los eventos de la muerte los pobladores urbanos circulan significados y mantienen una conciencia de la pérdida y sufrimiento en sus vidas. Estos modos de relación con la muerte y los muertos, y su experiencia emocional, contrasta con las actitudes hacia la vida y la muerte documentadas por algunos investigadores en la juventud colombiana, y particularmente en la de Medellín<sup>22</sup>. Estos autores describen un cambio en las actitudes juveniles hacia la muerte y la vida ilustrada por las prácticas de desacralización de la muerte (e.g. jugando/bailando con el cuerpo de los muertos en los funerales, la muerte como hecho festivo) y en la vivencia de sus vidas dentro de un presentismo e inmediatez donde las preguntas acerca del pasado y el futuro, y su legado en la vida, no tienen lugar o carecen de significado.

Mi material etnográfico problematiza la interpretación sobre los cambios en la actitud y el horizonte de vida de estos jóvenes (popularizados en el uso de metáforas como las de "no futuro") y su conclusión de que no están interesados en establecer continuidad en sus vidas. Si bien hay un cambio de actitudes juveniles hacia la vida y la muerte, dichos cambios no niegan los intentos de establecer

<sup>(21)</sup> Taussig, Michael. *The Nervous System*. Ob. cit. Green, Linda. "Living in a State of Fear". En: Nordstrom, Carolyn y Robben, Antonious (editores). *Fieldwork Under Fire. Contemporary Studies of Violence and Survival*. Berkeley: University of California Press. 1995.

<sup>(22)</sup> Véase Perea, Carlos M. "Juventud y esfera pública". Trabajo presentado al seminario *¿Qué sabemos sobre la juventud? Estado del arte de la investigación sobre la juventud*. Bogotá: Universidad Central, 1996; Salazar, Alonso. *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: Cinep, 1990; Salazar, Alonso y Jaramillo, Ana María. *Las subculturas del narcotráfico*. Bogotá: Cinep, 1994.

continuidad. La muerte no es cosa trivial cuando enfrentan la muerte de un ser querido. La descripción etnográfica ilustra el dolor que rodea la pérdida y los intentos por establecer continuidad a través de las canciones, los recordatorios, los altares, la historia oral de la muerte y los muertos, los lugares nemónicos y las narrativas compartidas en la vida diaria. En este sentido, el pasado continúa siendo parte integral del sentido de identidad, así como sus prácticas del recuerdo e identificación con sus vivencias pasadas constituyen una fuente de significados en el presente. Sin la consideración de esta dimensión de experiencia vivida existe el riesgo de que nuestros análisis deshumanicen a estos sujetos reduciéndolos a actores mecánicos de ciertos guiones preconfigurados y a individuos cuyas identidades y construcciones como sujetos han sido "entumecidas" por las violencias.

Es precisamente el reconocimiento de las cambiantes posiciones de los individuos de cara a las múltiples facetas y dimensiones de las violencias, el que señala las limitaciones de las conceptualizaciones que se contruyen desde las dicotomías simples y las fronteras definidas, sugiriendo la necesidad de desarrollar conceptualizaciones que reconozcan las múltiples y superpuestas formas de agencia individual. Los jóvenes de Medellín están tratando de lidiar con el terror y el horror de la violencia que les rodea –y de la que son parte activa o no tan activa–, preocupándose por establecer lazos con el pasado, de crear continuidad en sus vidas mientras se sitúan en posiciones cambiantes y contradictorias frente a su vivencia de la violencia.

### TERRITORIOS E IDENTIDADES

¿Cómo debemos reorientar nuestras miradas cuando nos preguntamos acerca de las identidades culturales de los jóvenes, no sólo de cara a las profundas transformaciones de la sociedad sino a la pre-

sencia cotidiana de la violencia en sus vidas? ¿Cómo podemos pensar los procesos de formación y transformación de las identidades culturales bajo contextos profundamente afectados por las violencias? La discusión acerca de las identidades culturales y políticas en zonas de agudos conflictos enfatiza la opción por la resolución violenta de los conflictos como un acto de re-afirmación, autoafirmación y reconocimiento de ciertas pertenencias (étnicas, religiosas, políticas). Se habla así de cómo en los conflictos políticos, étnicos y religiosos lo que está en juego es

.. la muerte de un modo de estar en el mundo, la muerte de aquello que constituye su identidad, honor y dignidad. Por cada grupo étnico en el drama horrible, entonces, la cara del otro es la cara o de la afirmación o de la identidad o de su negación, del potencial de vida o del potencial de muerte<sup>23</sup>.

Dentro del contexto etnográfico al que estoy haciendo referencia, esta tensión creativa y destructora alrededor de la pérdida de unos modos de habitar el mundo y de lo que construye su identidad, no aparece de forma tangible. Así como ellos/ellas, los cuerpos ausentes, tienen una presencia narrativa, de lugar y nemónica, *el otro*, por el contrario, aparece con poca frecuencia en las narrativas y memorias. ¿Qué indica esta ausencia narrativa del otro? Para desarrollar esta reflexión tomo como referencia la afirmación, frecuente en ciertos jóvenes de Medellín, sobre su desconocimiento de los motivos que originaron los conflictos en los que están involucrados. El modo en que este argumento se inserta en los recuerdos de otros eventos, lejos de indicar la pérdida de memoria sugiere silencios y olvidos.

Joven 1: *Tenían muy buenas relaciones con los de la Cueva, [...] y no sé por qué motivo, que inclusive hasta los mismos pelaos dicen que no se sabe por qué, esa gente empezó a atacarlos, encenderlos a bala. Entonces a partir de ahí empezó el enfrentamiento de Cueva y Chunes*<sup>24</sup>.

<sup>(24)</sup> Entrevista con mi asistente de investigación barrio Antioquia, diciembre 18, 1997.

Joven 2: *Los parceros de arriba del cuadradero. No pues... como te iba diciendo hombre que.. no éramos calientes hermano!, yo no sé, yo no me di cuenta cuando esa gente se empezó a calentarse en esa forma, huevón*<sup>25</sup>.

El elemento singular en este tipo de historias es que el desconocimiento sobre los orígenes del conflicto se expresa como olvido y como falta de conciencia. La localización de este desconocimiento como olvido está atado a silencios, a modos de jerarquizar lo que es importante recordar y a la ausencia de un discurso que articule su presencia o razón de ser frente a las opciones por la violencia. El elemento a rescatar es el de cómo las causas del conflicto y "el otro" son desdibujadas mediante la operación del olvido que se verbaliza como un "no-saber" y como "falta de conciencia." Es importante resaltar que el olvido es un componente fundamental de la memoria que no es opuesto al recuerdo, sino que le complementa, puesto que en el olvido el conocimiento está siempre presente aunque sea de forma parcial o conflictiva, pero casi nunca hablada<sup>26</sup>. Es posible que este olvido, como un proceso de selección y supresión, se constituya en un modo de darle sentido a una trayectoria individual y grupal, a las acciones cometidas y a una táctica que sugiere que hay ciertos "riesgos" en el recordar los orígenes del conflicto y en el nombrar al "otro".

En el caso de los jóvenes involucrados en los conflictos territoriales en Medellín, el "nosotros" no está solamente construido desde una referencia a un "otro," sino que se construye fundamentalmente desde una mediación territorial: en dicha construcción el olvido del origen del conflicto tiene un papel instrumental. Francisco Gutiérrez<sup>27</sup> ha discutido este desconocimiento argumentando que en Medellín no existe una relación directa entre la fragmentación territorial y la

fragmentación socio-cultural y que contrario a otras violencias nacionales, la violencia urbana colombiana carece de un soporte social o cultural. Contrario al argumento de Gutiérrez aquí afirmo que existe un apoyo socio-cultural subyacente a los conflictos de estos jóvenes y que dicho soporte –aunque carente de discursos ideológicos–, se encuentra en el territorio como el ámbito en el cual los jóvenes han construido un sentido de sí mismos y del otro.

El territorio representa el contexto, recurso y símbolo de poder que provee las bases socio-culturales en las que el conflicto violento entre estos jóvenes se desarrolla. La presencia de territorios en la ciudad tiene múltiples caras. Las bandas, por ejemplo, se constituyen sobre una base territorial que está cimentada en relaciones primarias y de cercanía: haber nacido y crecido en las mismas cuadras, el mantener relaciones de amistad y parentesco, el haber compartido los momentos de sociabilidad en el juego, rumba o celebración. Su territorio representa ese espacio conocido donde saben que residen las complicidades, las alianzas y los intersticios que le pueden permitir la movilidad o la escapatoria. El territorio se convierte así en un lugar estratégico de su accionar en tanto territorio propio, pero además en un lugar desde el que construyen sus identificaciones y diferencias como jóvenes. De acuerdo con esto, el territorio representa la materialización del sentido de otredad de estos jóvenes.

La tensión y silencios que subyace a esta construcción donde se expresa el desconocimiento del origen del conflicto tiene que ver con las profundas similitudes en valores, estilos, gustos, orígenes sociales y geográficos de estos jóvenes, y con los efectos paradójicos del definirse como "enemigos." En un conflicto violento se

<sup>(25)</sup> Entrevista colectiva con jóvenes del barrio Antioquia, diciembre 22, 1997.

<sup>(26)</sup> Cohen, David. *The Combining of History*: Chicago: The University of Chicago Press, 1994.

<sup>(27)</sup> Gutiérrez, Francisco. "¿Ciudadanos en armas?". En: Arocha, Jaime; Cubides, Fernando y Jimeno, Miriam. *Las violencias: inclusión creciente*. Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia, 1998.

presupone que para que el combate tenga sentido, los enemigos deben luchar por causas diferentes y así mismo para justificar la muerte deben pertenecer a categorías diferentes (étnicas, políticas, sociales y/o culturales). Estas divisiones son ciertamente cuestionadas cuando los individuos involucrados en la lucha pertenecen al mismo sector social y geográfico, al mismo barrio o pueblo, y cuando han compartido la intimidad y cercanía de la vida cotidiana, y no se sitúan en posicionamientos ideológicos diferentes. El recordar los orígenes del conflicto puede precisamente revelar que las razones que originaron el conflicto difícilmente justifican el matarse uno al otro<sup>28</sup>.

Una observación adicional que se puede hacer para el caso de los jóvenes involucrados en las bandas y las milicias en Medellín es que las expresiones contraculturales o subculturales no constituyen una característica diferenciadora<sup>29</sup>. Las diferencias juveniles tienden a constituirse más en los procesos de marcar territorio y poder que en la alteridad subcultural que incluya modos grupales y juveniles de vestirse, hablar, usar y relacionarse con el cuerpo y la música. En este sentido los jóvenes que están en medio del conflicto construyen sus diferencias, más que desde un referente de alteridad, desde un proceso que tiene mucho de *mimesis cultural* en cuanto los estilos, lógicas, gustos y modos de actuar son muy similares. Bandas, milicias, autodefensas comunitarias o bandas con vocación social se construyen en torno a proyectos locales de defensa de

territorio y mediante la articulación de un discurso de "defensa y limpieza comunitaria", de imágenes de guerreros y mártires que alimentan su quehacer cultural y el compartir gustos por estilos musicales como la salsa<sup>30</sup>. El territorio en este sentido se convierte en el epicentro de la construcción de la diferencia y la construcción del "nosotros" y del "otro". El enemigo no es aquel a quien no aceptamos por su diferencia cultural (sus modos de vestir, su estilo) o ideológica (aun en el caso de los milicianos y las bandas), sino porque nombra y evoca *otro* territorio. Las prácticas de territorialización y defensa del territorio constituyen modos de construir las diferencias, pero al mismo tiempo son prácticas que dividen y rompen los lazos entre estos jóvenes, como jóvenes y como parte de los sectores populares.

Hent de Vries y Samuel Weber<sup>31</sup> argumentan que la violencia no es necesariamente una característica del otro (de construcción por referencia o autoafirmación frente al otro), sino un *medio* mediante el cual, el ser individual o colectivo es constituido y mantenido. Lo importante de esta afirmación es que permite alejarnos del campo de las oposiciones binarias que colocan la violencia en uno u otro polo, para permitirnos encontrar la violencia en el campo de las exclusiones y los silencios mutuos. Y es precisamente este campo el que nos puede dar algunas pistas sobre el olvido que se argumenta en nuestro ejemplo y sobre los modos de construcción de las identidades juveniles.

<sup>(28)</sup> Zulaika presenta un análisis similar para el caso de los pueblos del país vasco y las afiliaciones u oposiciones con el movimiento ETA. Zulaika, Joseba. *Basque Violence: Metaphor and Sacrament*. Reno: University of Nevada Press, 1989.

<sup>(29)</sup> El narcotráfico se convierte en la alternativa de estilo de vida mientras que la opción violenta representa el lenguaje o vehículo comunicativo de estos jóvenes con la sociedad. Narcotráfico y violencia coartarán las posibilidades de la emergencia de expresiones de diferenciación juvenil construidas desde lo contracultural o la diferenciación estilística. Véase Salazar, Alonso. "Los del margen: entre el parche y los plantereros". *Mimeo*, Medellín, 1996; Villa, Víctor. *Pre-ocupaciones*. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1991.

<sup>(30)</sup> Véase: Jaramillo, Ana; Ceballos, Ramiro y Villa, Marta. *En la encrucijada*. *Ob. cit.*

<sup>(31)</sup> De Vries, Hent y Weber, Samuel. *Violence, Identity and Self-Determination*. Stanford: Stanford University Press, 1997.

Indudablemente aquí estamos frente a unas dinámicas de la violencia en las que su dimensión política –entendida como la articulación de un discurso que contiene causas por la que se lucha, principios por los que se muere y valores que no se negocian–, no entra como única motivación o causa. Y desde aquí ciertamente podríamos interrogarnos por dónde es que estos individuos están construyendo sus referentes de pertenencia. El sentido del ‘nosotros’ no se construye ni mediante el re-conocimiento por vía de la negación o la auto-afirmación frente al otro, ni mediante procesos de diferenciación cultural contruidos desde lo contracultural o la diferenciación estilística. El nosotros y el sentido de diferenciación tienden a generarse desde los procesos de marcar territorio y el poder del control territorial más que desde la alteridad o la construcción de estilos propios. Esto es lo que precisamente apunta a la fragilidad de las construcciones identitarias de este grupo particular de jóvenes y a los modos en que la violencia se ha convertido cada vez más en el modo privilegiado de comunicación en la ciudad<sup>32</sup>. La construcciones territoriales de estos jóvenes apuntan o revelan los modos dolorosos y destructivos en que en las ciudades colombianas, grupos como los jóvenes de las bandas, intentan re-afirmar una imagen propia y transforman sus identidades dentro de procesos de gran costo social que generan dramáticas dificultades y contradicciones a nivel personal. Estos procesos identitarios se encuentran en riesgo debido al peso de las dinámicas violentas y al poder que la violencia tiene de suprimir, fragmentar y desdibujar diferencias y comunalidades.

## CONCLUSIÓN

La reflexión acerca de los procesos de formación y transformación de las identidades culturales de los jóvenes en contextos profundamente afectados por la

violencia nos condujo por múltiples “lugares” reflexivos. La muerte y los muertos constituyen el hilo narrativo de una historia oral y organizadores claves de las interacciones entre los pobladores urbanos. Esta historia oral está enraizada en la vida cotidiana y organizada alrededor de las historias de muerte y de aquellos que han muerto. Los artefactos, los lugares y las marcas físicas en el medio ambiente preservan la memoria de los muertos y actualizan su presencia y memoria en la vida diaria. La historia oral de la muerte y los muertos alimenta la formación de comunidades de memoria y los modos en que ciertos grupos de jóvenes de Medellín construyen sus diferencias y otredad desde el territorio y en las prácticas de territorialización.

En Medellín, las afiliaciones políticas, la afinidades sociales y étnicas y las fronteras entre la violencia política, cotidiana y la relacionada con el narcotráfico no pueden establecerse nítidamente. Esto se refleja en el lugar y uso que una historia oral de la muerte tiene en la vida diaria como recurso cultural que documenta la magnitud de la pérdida humana y el impacto que la muerte y el morir, la violencia y los asesinatos tienen en la vida diaria de los pobladores urbanos. La experiencia local de los jóvenes como testigos de la muerte y violencia se organiza dentro de una narrativa histórica que permite a los pobladores urbanos establecer un cierto control sobre la reproducción social en medio de la absurda y dispersa realidad.

Este artículo ha resaltado que un número significativo de las referencias identitarias que están a disposición de los jóvenes de Medellín provienen de imágenes, formas y memorias de las violencias. Esta relación, sin embargo, no implica que los jóvenes son meros objetos de la violencia o subyugados por ella o que sus procesos de producción cultural se agotan allí. Por ello, los ejemplos seleccionados describen modos en que los

---

<sup>(32)</sup> Delgado, Manuel. “Violencia, comunicación e intercambio en Medellín”. Mimeo (s.f.)



jóvenes resignifican sus experiencias e intentan establecer un sentido de dignidad y control en sus vidas. Las identidades constituyen redes de comunicación desde donde se procesa y difunde el mundo social de acuerdo con referentes comunes y bajo códigos específicos que de acuerdo con el individuo, el grupo, el contexto y la situación son continuamente transformados<sup>33</sup>. Las identidades por consiguiente son procesos de construcción cultural, relacionales y abiertas que operan en múltiples planos y dimensiones y dentro de procesos de cambio y transformación continua. Así, por ejemplo, la mirada a los modos de construcción de sentidos de pertenencia ha resaltado la debilidad de ciertas construcciones identitarias que ancladas en lo territorial aparecen vaciadas de sentido cultural –en términos de, por ejemplo, resistencia cultural– y apunta al sinsentido –desde la dimensión de la experiencia y los sujetos– que albergan ciertas violencias y conflictos.

La mirada desde las memorias nos ha permitido explorar modos otros desde

los que los individuos, en este caso los jóvenes, encuentran significado a sus entornos y la profunda relación expresiva y vivencial que mantienen con los lugares. El concepto de comunidades de memoria captura estos movimientos y tensiones para dar cuenta de las estrategias, modos y dinámicas desde las que grupos sociales, que están amenazados por la presencia destructora y desplazadora de las violencias, intentan construir referentes de sentido a partir de las prácticas y quehaceres de la memoria. El arraigo en dichas comunidades de memoria no está circunscrito a un principio de fronteras definidas (sociales, geográficas o espaciales), sino que exige una movilidad y desplazamiento continuo. Movilidad y desplazamiento se constituyen en las dinámicas claves que nombran no sólo los movimientos espacio-temporales de desplazamiento debido a la violencia y la ruptura de los tejidos sociales, sino la transitoriedad y cambiante composición y localización como sujetos de quienes hacen parte de dichas comunidades de memoria.

---

<sup>33</sup> Reguillo, Rossana. "La memoria debate. El grupo de discusión y los mitos urbanos". Trabajo presentado al II Seminario Internacional de Historia Oral, noviembre 1-6 Jalisco (s.f.)